

**SECRETARIA GENERAL PARA LOS SEGLARES CLARETIANOS**

**Colección de Subsidios.**

---

**Jesús Bermejo, cmf.**

# **CLARET, MISIONERO APOSTOLICO**

**5**

---

Vía sacro Cuore di Maria, 5

00197 ROMA

## **CLARET, MISIONERO APOSTOLICO**

---

**Jesús Bermejo, cmf.**

—“Cuanto más se estudia la figura de San Antonio María Claret y más se profundiza en su identidad vocacional, más claro aparece su ser de Misionero Apostólico” (1). “Misionero Apostólico describe la personalidad más auténtica y profunda de Antonio María Claret” (2). “El título de Misionero Apostólico expresa su definición esencial” (MCH 56).

Esta constatación reiterada indica la persuasión de cuantos conocieron al P. Claret y de él mismo, que siempre se consideró un “misionero apostólico” (Aut. n. 341). Ya su primer biógrafo le otorgó este título como calificativo esencial, por encima incluso del de arzobispo (3). En la personalidad múltiple y poliédrica de Claret el hilo conductor del que todo parte y hacia el que todo converge es su vocación de Misionero Apostólico. Desde esta definición esencial se explica todo en su ser, en su vida y en su acción: su espiritualidad, su sacerdocio, su episcopado, su concepción de la vida religiosa, su actividad apostólica y sus empresas organizativas.

Siendo este título el que mejor lo define, es preciso estudiar el significado de esta expresión en la época del santo y qué significó concretamente para él. Esto nos lleva a una relectura de su vocación y de su carisma evangelizador, para descubrir desde su experiencia, como persona y como fundador, nuestra identidad y fidelidad personal y congregacional a lo que también a nosotros, partícipes de su don de gracia, nos define y especifica dentro de la Iglesia.

## 1. Imagen tradicional del Misionero Apostólico

En toda vocación y misión eclesial la figura de Cristo es normativa siempre. Pero su persona posee tal riqueza y variedad, que nadie puede imitarle adecuadamente. Por eso cada santo y cada fundador ha subrayado un aspecto concreto de la vida de Cristo y, en consonancia con el don del Espíritu recibido, lo ha imitado y lo ha propuesto a la imitación de sus seguidores.

El ideal de Cristo como profeta y evangelizador inspiró a los Apóstoles y a muchos varones apostólicos de todos los tiempos. “Es posible descubrir a lo largo de toda la historia de la Iglesia, una tradición, que parte del sermón de la misión, paralela a la tradición monástica inspirada en la vida comunitaria de la Iglesia primitiva y en algunas invitaciones evangélicas a la perfección. San Bernardo, comentando la vida del apóstol irlandés San Malaquías, llama a esa regla de vida **forma apostólica** y **signa apostolatus**, describiéndonos sus rasgos esenciales: ir a pie, recorrer una a una las parroquias, no tener dinero, ni siervos, ni casa. Siglo y medio más tarde, Santo Domingo y sus primeros compañeros adoptarían el mismo tenor de vida. Más tarde, lo imitarían el Beato Juan de Ávila y algunos de los misioneros de los siglos XVII y XVIII” (4). En esta línea caracteriza da por la evangelización itinerante y la pobreza apostólica, se encuentran también San Vicente de Paúl, San Alfonso María de Liguori, San Leonardo de Puerto Mauricio y el Beato Diego de Cádiz, santos todos con los que Claret se sentía muy identificado. Esta cadena casi ininterrumpida de misioneros apostólicos se vio incrementada en España en el siglo XIX con San Antonio María Claret.

A partir del siglo XII los misioneros gozaron siempre de amplias facultades y privilegios, que recibían directamente de la Santa Sede, incluso después de la erección de “Propaganda Fide” por Gregorio XIV en 1622. Algunos se llamaban “misioneros apostólicos” porque recibían una aprobación especial e Propaganda, gozaban de privilegios especiales y tenían también deberes especiales que cumplir (5).

“Misionero Apostólico” era, pues un título jurídico, concedido por la Sede Apostólica a determinados predicadores itinerantes de fieles o de infieles, que lo solicitaban. “En su sentido originario y jurídico significa un sacerdote enviado por la Santa Sede a suscitar la Iglesia allí donde no esté establecida; significa también un sacerdote **recomendado** por la Sede Apostólica al Ordinario de la Iglesia establecida para que éste le dé misión canónica a fin de animarla o reevangelizarla” (6). El calificativo **apostólico** hace referencia precisamente al concesionario: la Sede Apostólica, que garantiza la misión. La Santa Sede, además de dar un respaldo oficial al misionero, le concedía algunos privilegios, sobre todo de índole litúrgico — devocional. Por su parte, el misionero se comprometía a dedicarse a la predicación itinerante, llevando una vida pobre y desprendida.

Más tarde veremos cómo el P. Claret entendió de otra forma, más originaria y peculiar, el título de Misionero Apostólico que también a él le fue concedido.

## 2. Génesis de la experiencia vocacional de Claret

La experiencia vocacional que el P. Claret tuvo de su vocación fue el principio organizador de su existencia y la motivación profunda que orientó toda su vida y actividad apostólica” (MCH n. 52).

La vocación de Claret nació, con fuerza profética y entre iluminaciones y mociones poderosas (7), de una profunda experiencia de Dios, que le llevó a una opción radical por El y por su Reino, y de una peculiar experiencia del mundo, “a cuya bondad, relatividad y aun peligrosidad Claret se ha aproximado en sus años juveniles” (MCH o. 53). “En la primera infancia tuvo una experiencia del absoluto de Dios, y de la fragilidad del hombre de su infidelidad y, por lo mismo, de su infelicidad, tan profunda que le quitaba el sueño y le marcó para toda la vida” (8). En cierto modo la gracia en él se anticipa a la naturaleza, el celo se adelanta a la razón (9). Por eso su primer biógrafo escribió: “En algún modo puede decirse que fue apóstol antes de ser hombre” (10).

Su compasión por la suerte de los pecadores no la explica sólo el hecho de tener un corazón “tierno y compasivo” (Aut. n. 10). La experiencia de la eternidad debe atribuirse a una intervención especial del Espíritu, que desde el seno materno le destinaba a una misión especial en la Iglesia, por que aquella idea quedó en él muy grabada (Aut. n. 9), la tuvo siempre muy presente (Aut. n. 15) y fue siempre el “resorte y aguijón” de su celo. (Ib.) “Esta misma idea — escribirá en su madurez— es la que mas me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva por la conversión de los pecadores” (Ib. n. 9). Nos encontramos, pues, con una precocidad en la actuación de los dones del Espíritu Santo semejante a la que se encuentra en Santa Teresa; pero, mientras en ella la reacción fue el deseo de retirarse a la vida eremítica o de afrontar el martirio, en Claret la reacción es exclusivamente apostólica. El pensamiento de la eternidad, que le hacía estremecerse (Ib. n. 8), provoca en él una reacción doble, según su temperamento activo—emotivo: un intenso sentimiento de compasión por los pecadores y la resolución de trabajar con todas sus fuerzas para impedir que se condenen.

También en los años de la infancia comenzó a ver la vocación sacerdotal en clave rigurosamente apostólica, como medio para colaborar en la salvación de sus hermanos: “Dios me llamó, me ofrecí a su santísima voluntad”. (11). “Me ofrecía mil veces a su santo servicio, deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche a su ministerio” (Aut. n. 40).

Más tarde la vocación sufre una crisis aguda. Tras la muerte del profesor de latín y el tiempo de trabajo en la fábrica de su padre, le sobreviene un período crucial y decisivo: **el contacto con el mundo**. Su visión del trabajo, de la técnica, de la amistad, del triunfo humano, es positiva y optimista. El mundo le promete riquezas, honores y placeres. Pero pronto se da cuenta de la vanidad, limitación y peligrosidad de estos bienes cuando se ponen al servicio de la ambición o del egoísmo. Experimenta la inseguridad del dinero, al ser traicionado por un falso amigo (cf. Aut. 73 — 75), y la volubilidad e inseguridad del amor humano, que fácilmente traiciona o es traicionado (Aut. n. 72). Descubre también la maldad del corazón humano en sus compañeros de fábrica, que llevan una vida mundana y superficial y blasfeman como demonios (12). Y, sobre todo, en la playa de la Barceloneta, experimenta la fragilidad y la caducidad de la propia vida y el peligro siempre inminente de perderla (Aut. n. 71).

El contacto con el mundo de la técnica resulta especialmente peligroso, porque su vocación natural, para la que estaba muy bien dotado (cf. Aut. n.63) y por la que sentía verdadero “delirio” (Aut. n. 66), entró en conflicto con su vocación apostólica. El **homo faber** quería sobreponerse, si no anular, al **homo religiosus** y al **homo apostolicus**. Durante algún tiempo las espinas lograron sofocar el buen trigo (Aut. n. 65).

Esta experiencia del mundo fue necesaria y providencial para preparar el corazón del apóstol. “Todos estos golpes me daba Dios —escribe— para despertarme y hacer salir de los peligros del mundo” (Ib.), “para arrancarme” de él (Aut. n. 76).

El desengaño le lleva a una decisión extremista y radical: romper definitivamente con el mundo y morir a él en una cartuja (Aut. n. 77). Aquí aparece su vocación religiosa, pero de un modo tan violento que pone en peligro su vocación sacerdotal y apostólica. También esto fue providencial, por que el Señor le quería evangélicamente muerto al mundo. Al mismo tiempo no sólo le había dotado del carácter que mejor convenía a su misión, sino que le había puesto en contacto con la técnica, que más tarde le había de servir en su acción apostólica, empleando para la difusión y penetración del bien las mismas técnicas que el mundo utilizaba para el mal.

Es ahora cuando reaparece con fuerza su vocación misionera. “Desde que me pasaron los deseos de ser cartujo, que Dios me había dado para arrancarme del mundo, pensaba no sólo en santificar mi alma, sino también discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos” (Aut. n. 113).

Una vez preparado el terreno, llega la llamada explícita; interviene la acción fecunda de la **Palabra de Dios**. Leyendo la Biblia, que tanto le mueve y le excita (Ib.), se siente personalmente implicado e inserto en el misterio de la misión de Jesús. Siente la voz del Señor que le llama a predicar (Aut. n. 120), fuertemente impresionado por algunos pasajes proféticos (Aut. n. 114). Pero “de un modo particular su vocación profética se revela en las palabras de Isaías (61, 1) que Jesús aplica a sí mismo al comenzar su vida pública: “El Espíritu del Señor esté sobre mi... a anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado” (cf. Lc. 4, 28—19). Esta palabra es para él palabra sustancial. El santo comprende de forma definitiva el alcance y el sentido de su vocación contemplando a Cristo evangelizador, el Hijo ungido y enviado, encarnado en María, configurado con la voluntad salvífica del Padre, Siervo destinado a proclamar la verdad con la predicación, el testimonio de la vida y el sufrimiento. Se ve a sí mismo en la línea de los profetas, de los Apóstoles, de los grandes misioneros. Al mismo tiempo adquiere conciencia de ser instrumento de salvación: saeta en las manos de Dios o de la Virgen (cf. Aut. nn. 156, 270), bocina (13), ministro o quijada de asno en las manos del Señor (14).

Como la vocación mesiánica de Jesús se vio sometida a la tentación, también la de Claret se verá zarandeada por el demonio que quería quebrarla en flor. Pero lo impide una intervención sobrenatural: la visión de la casa “Tortadés” (Aut. nn. 95—98). Es un momento decisivo de clarificación y reforzamiento vocacional, no sólo por haber sido confirmado en castidad (cf. Aut. n. 98), sino por el significado apostólico que entrañaba (15).

Es en esta visión donde nace su concepción de la filiación mariana en clave apostólica, considerando la evangelización como colaboración en la lucha de la Virgen contra Satanás y su descendencia.

Pero fue sobre todo en la ordenación de diácono cuando entendió el sentido pleno de aquella intervención sobrenatural. “Cuando el prelado, en la ordenación, dijo aquellas palabras del Pontifical, que son tomadas de San Pablo: No es nuestra lucha solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas... entonces el Señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación” (Aut. n. 101).

Es éste el momento de su investidura apostólica, al recibir el Evangelio como arma de combate: Palabra de doble filo, que a él mismo le había herido e iluminado. Claret queda ungido por el Espíritu, con la imposición de las manos, y es enviado a la lucha. Queda así incorporado a la descendencia de la Virgen, a la que se entregará como hijo y sacerdote (16) para que le envíe

como apóstol (Aut. nn. 160—161) y le arroje con toda la fuerza de su brazo como saeta puesta en su mano poderosa (Ib. n. 270).

Resumiendo, podemos decir que la vocación misionera de Claret

\* nació al contacto con la Palabra de Dios en su juventud,

\* fue corroborada por la visión de la casa

\* Y quedó clarificada y definitivamente confirmada en la ordenación de diácono.

### 3. Formación para la Misión

Paralela a la experiencia vocacional fue la formación general y específica para la misión. Dios había puesto ya el sustrato natural. Concedió a Claret padres “honrados y temerosos de Dios” (Ib. n. 3) y “un buen natural” (Ib. n. 18), el más apto para la misión apostólica: predominio del entendimiento práctico sobre el especulativo, fuerza más que ordinaria de voluntad, optimismo en las propias iniciativas, facilidad para adaptarse a las circunstancias (17), memoria tenaz, gran capacidad de trabajo, salud robusta y gran resistencia física y moral.

Sobre este sustrato natural fue construyendo su personalidad ya desde la niñez, guiado por su maestro, “hombre muy activo y religioso” (Aut. n. 22), y por sus padres que, “de consuno con el maestro” trabajaban en formar su entendimiento en la enseñanza de la verdad y su corazón “en la práctica del bien y de todas las virtudes” (Ib. n.25).

También su experiencia como obrero, sobre todo en Barcelona, donde simultaneó la preparación técnica con la formación intelectual y científica, fue muy positiva en orden a su misión futura (18).

Más tarde, en el seminario de Vich —centro cultural muy importante— los estudios oficiales durante siete años y las lecturas preferenciales le marcaron profundamente. Es tiempo de búsqueda y de asimilación de la verdad orientada a la acción misionera (cf. Aut. n. 113). “A esto se dirigen todas mis cotidianas oraciones, estudios y lectura espiritual” (19).

La lectura de la Biblia no sólo esclareció su vocación y fue impulso apostólico, sino que alimentó su inteligencia y su corazón para poder comunicar el mensaje salvador con potencia y convicción. Lo mismo cabe decir de la lectura “de las vidas de los Santos que se han distinguido por su celo por la salvación de las almas” (Aut. n. 226).

Pero la experiencia formativa más fuerte fue, sin duda, su viaje a Roma y su permanencia en la Compañía. En el viaje se siente identificado con Jesús misionero y se confirma en la necesidad de la pobreza y la ejemplaridad (Ib. n. 135). La entrada en la Compañía le hace experimentar una espiritualidad puesta al servicio de un apostolado universal y le permite aprender diversos métodos muy eficaces de apostolado. Al mismo tiempo, comprueba el valor de la vida consagrada y la necesidad de la vida común para dar eficacia a la misión. “Muy grande favor me hizo el Señor —escribir con gratitud después— en llevarme a Roma y en introducirme, aunque por poco tiempo, entre aquellos Padres y Hermanos tan virtuosos... Allí aprendí el modo de dar los Ejercicios de San Ignacio, el método de predicar, catequizar y confesar con grande utilidad y provecho. (Ib. n. 152).

Una vez completada la etapa formativa, la misma experiencia misionera le va abriendo horizontes y le va dando pautas de renovación y de formación permanente. Sus inquietudes

formativas se manifiestan sobre todo en la importancia que dio siempre al estudio personal (cf. Aut. nn.87—88, 633, 665, 764, 801) y en la cantidad y calidad de los libros de su biblioteca.

En su tiempo algunos calificaron a Claret como hombre eminente en todas las ciencias (20) y hombre de conocimientos “vastísimos y profundos” (21), siendo “voz corriente de los sectores eclesiásticos que la ciencia del misionero era infusa y un milagro viviente de Dios” (22). Pero él decía de sí mismo: “A mí me consta que lo poco que sabe ese sujeto lo debe a muchos años y noches pasadas en el estudio” (23).

La formación **filosófica —teológica** de Claret fue densa y cuidada; más aún su formación **bíblica**, debido a la lectura frecuente de la Escritura y de los mejores comentaristas de la época. Lo demuestran la frecuencia y naturalidad con que la cita en todas sus obras. Su formación **patrística** fue también muy notable. Leyó directamente a S. Agustín y a S. Juan Crisóstomo, y a los Santos Padres más importantes tanto de Oriente como de Occidente a través de colecciones, antologías, etc. Otro tanto cabe decir de su formación espiritual, recibida a través de la lectura continua de los mejores autores españoles clásicos y modernos, así como de otros franceses, italianos, portugueses y alemanes.

Todo esto, aun siendo muy importante, no fue definitivo. Claret se formó, sobre todo, en la honda experiencia de Dios y de la Virgen; en la imitación y configuración con Cristo, a quien encontró en la Eucaristía y en la Palabra, en el prójimo y en los acontecimientos, en la evangelización y en su alma, donde vivía y actuaba con intensidad.

Esta formación humana y espiritual fue la que le llevó a conseguir aquella “unidad vital entre Palabra y espíritu apostólico, fe y caridad, misión y urgencia de caridad, contemplación y acción apostólica, filiación y misión, conversión al Evangelio y evangelización (24).

## 4. El Misionero Apostólico según Claret

### 4.1. Dignidad

Claret consideró siempre la vocación de misionero como la vocación ideal, la más elevada y eficaz. Su dignidad no es sólo angélica, sino divina, porque el misionero se hace coadjutor de Dios (CMT p. 21) y salvador del mundo con Cristo (Ib. p. 22). Este fue el empleo más aceptable y más glorioso de Cristo, quien, como “cabeza de los demás misioneros”, ha confiado “este ministerio tan sublime, tan santo y tan divino” a los Apóstoles y a los misioneros apostólicos (Ib.). “Mira —escribe al misionero Teófilo— ... si hay honor semejante al que nos dispensa Jesucristo con admitirnos en su apostolado y en compartir con nosotros el título de Salvador del mundo” (Ib. p. 33). Colaborar en la salvación del prójimo —sigue diciendo— es “obra grande de caridad”, “más que si, siendo tú muy rico, dieras a los pobres todas tus riquezas” (Ib. p. 24), porque un alma “vale más que todas las riquezas del mundo” (Ib.).

Este convencimiento lo tuvo durante toda la vida. En Cuba, ante las dificultades que las autoridades ponían a su acción pastoral, decía: “El carácter de misionero me basta para ser pobre, para amar a Dios, para amar a mis prójimos y ganar sus almas al mismo tiempo que la mía” (25).

La misma idea aparece en los años de Madrid. “El ser misionero —escribía al P. Ramonet— es más que ser párroco, más que canónigo... Los peligros que hay en estos estados son más y mayores y el fruto que se hace es menos que en estado de Misionero” (26). “Más cuenta le tendrá a un sacerdote el haber sido misionero que no el haber sido canónigo” (Aut. n. 631) En 1862 afirmaba: “En ningún estado se da más gloria a Dios y se contrae tanto mérito como en aquel en que se deja todo para seguir a Jesucristo, propagar su reino y salvar a los pecadores: esta es la caridad mayor, y este el oficio del perfecto misionero” (27). Más tarde, en 1865 vuelve a afirmar que la “dignidad” del misionero es “divina” y que “según la dignidad debe ser la santidad” (28). Y al final de su vida seguía elogiando e s t a altísima vocación, indicándola como bienaventuranza digna de gran premio (29).

También la tradición de la Congregación lo ha entendido siempre así. Baste un texto significativo: “Tu altísima vocación..., es la misma d e los Apóstoles: **ite in mundum universum...** Como a los Apóstoles nos ha hecho Jesús sus enviados, sus representantes, sus embajadores, sus testigos, sus predicadores, los ministros de sus santos sacramentos (30).

## 4.2. Significado específico

Claret obtuvo para sí mismo el título de Misionero Apostólico “ad honorem” el 9 de julio de 1841 (31). Ignoramos las facultades que le fueron concedidas, pero debieron ser parecidas a las que en 1845 solicitó para sus compañeros (32).

Para Claret este título no fue un honor, ni algo meramente jurídico, sino una definición de su ser. El le dio un sentido teológico y evangélico para indicar un estilo de vida peculiar: “a la apostólica”, como los Apóstoles con Jesús, en rigurosa pobreza evangélica y en confraternidad compartida con los hermanos.

Con la palabra Misionero quería indicar su función específica: la evangelización, el servicio profético de la Palabra, renunciando en-cuando estuviera de su parte, a las otras dos funciones del sacerdocio ministerial: el régimen y la sacramentalización (33). Misionero posee una connotación cristológica. Cristo fue ungido y enviado y es “cabeza y modelo de los demás misioneros” (CMT p. 22). Claret entendió en Cristo y desde El su función misionera: ungido y enviado, como El, este llamado a configurarse con El, a vivir su intimidad, a imitarlo, a testimoniarlo hasta la muerte, a proclamar su mensaje de salvación. Y es desde aquí, desde donde hay que entender los rasgos, las actitudes y las virtudes más típicamente misioneras de Jesús evangelizador (MCH nn. 57—62). Todo esto explica por qué Claret entendió siempre su vida misionera en inserción y continuidad con Cristo misionero y por qué prefería siempre el Cristo de la vida pública. “Sus preferencias van evidentemente hacia la vida pública de Jesús, a su predicación, conversaciones, a su oración nocturna, a esos sudores, hambre y sed de los caminos de la Palestina, con los que la Humanidad de Cristo nos ha revelado el misterio de Dios a los hombres” (34).

El calificativo **Apostólico** en Claret hace referencia directa e inmediata a los Apóstoles, llamados a compartir la amistad y la intimidad con Jesús y a predicar la Buena Nueva hasta los 1timos confines de la tierra. Alude, como ya hemos indicado, al estilo de vida centrado en la pobreza, la itinerancia y la fraternidad al servicio de la evangelización entendida como servicio bíblico y profético de la Palabra.

## 5. Claret, Misionero Apostólico siempre

La vocación apostólica no fue para el P. Claret algo episódico y pasajero. El fue apóstol tan intensa y radicalmente que lo apostólico se encuentra en todos los planos de su personalidad y en todas las épocas de su vida. “Misionar, evangelizar, no era para San Antonio María Claret una actividad exterior, sino que era la expresión más auténtica de su misma personalidad vocacional. Ser misionero era para él algo sustancial, porque se considera ha misionero en Cristo. Se sentía unido a Cristo misionero como a su cabeza, configurado al Hijo en misión” (35). Este es el rasgo que tanto sus biógrafos como la tradición de la Congregación han puesto siempre de relieve, porque ese es el rasgo que con mayor fuerza aparece en su fisonomía. El apostolado tiene en su fisonomía una función totalizadora. “Como párroco como Misionero, como prelado, como confesor, como Director de almas, como Pedagogo, como Sociólogo, como Escritor, como Maestro de espíritu, como Fundador de Ordenes religiosas, todo lo encaminaba al apostolado” (56).

Claret fue Misionero Apostólico no sólo en Cataluña y Canarias, sino también en situaciones de gobierno y de estabilidad. “Obligado, para un mayor servicio de la Iglesia, a aceptar el episcopado y luego ser confesor real, vivió estas situaciones como misionero apostólico, tanto por la importancia que dio a la evangelización como por el estilo de vida pobre y fraterna” (37)

En Cuba fue “más misionero que arzobispo, pues de esto —escribía Curriúsno- usa más que la carga” (38). Contra la tendencia general de la época que convertía al obispo casi en puro funcionario burocrático (39), descargó las funciones ordinarias de gobierno en sus más fieles colaboradores, reservándose sólo la alta dirección de los asuntos. Así pudo dedicar la mayor parte de su tiempo y de sus energías a la predicación misionera. “Sus visitas pastorales eran, ante todo, un tiempo de convivencia familiar y de evangelización directa del pueblo que Dios le había confiado” (40). La idea que entonces tenía del Misionero Apostólico nos revela sus rasgos esenciales: desinstalación y disponibilidad, vida común, predicación misionera, necesidad continua de renovación (41).

En Madrid, sin faltar a sus deberes de confesor real, dedicó gran parte del tiempo a evangelizar a toda clase de personas y convirtió sus viajes con la reina en verdaderas misiones populares.

Al ser nombrado presidente de El Escorial, pensó en convertirlo en centro de evangelización y de formación de evangelizadores, como seminario interdiocesano, colegio universitario y casa misión y de ejercicios de alcance internacional. (Aut. nn.638—639, 702—708, 869—872). En París, desterrado por la revolución, y en Roma, durante el Concilio Vaticano I, siguió siendo misionero apostólico por su estilo de vida pobre y fraterna, por su predicación incansable y por sus ansias de “volar” a la “viña joven” de América (42).

Al final de su vida, como recapitulándola toda, afirma que ha cumplido su misión, porque ha sido fiel a las dos características principales del Misionero Apostólico: la predicación y la pobreza (43).

## 6. Características de la Misión

### 6.1. Universalidad

La primera característica, como consecuencia del celo, que “no tiene ningún límite” (44), es la universalidad, en todos sus aspectos.

Ante todo, **universalidad en cuanto al espacio**, en fidelidad al mandato de Jesús: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las gentes” (Mc. 16, 15). Al misionero, a más del talento de la dignidad sacerdotal, le han encomendado otros cuatro, que son los cuatro ángulos de la tierra” (45). Urgido por una caridad universal, se le hicieron demasiado estrechos los límites de una parroquia para su celo” (46) Motiva la renuncia al episcopado de Cuba por la universalidad de su espín tu misionero: “Así (aceptando) yo me ato y concreto a un solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo” (47). Sólo la obediencia pudo reducirle, “pero en el supuesto -escribía al Capitón General de Cuba— de que pudiera así dar más pábulo a la caridad, al amor de Dios, y a mis prójimos en que quiero abrazarme (48). Tampoco le bastaban los límites de una nación. Su deseo era “ir a predicar por todo el mundo” (Aut. n. 762). Esta universalidad la deseó para sus misioneros, poniendo como objeto a la Congregación “la salvación de todos los habitantes del mundo” (CC 1857 n. 2).

**Universalidad también en cuanto al tiempo y a la dedicación.** Durante el periodo catalán el trabajo apostólico le absorbía por completo, de modo que a veces no le quedaba ni tiempo para comer. “Todos los días del año estaba misionando” (49). “Su trabajo —se dice en un libro capitular de Tarragona— es imponderable, pues, desde las cuatro de la mañana hasta la hora de acostarse, apenas tiene tiempo de rezar y tomar el necesario alimento, ya que pasa del confesionario al púlpito y del púlpito al confesionario”(50). Lo mismo le sucede en Canarias. “Me privo de todo reposo y descanso de día y de noche”, escribe (51). “Yo voy solo como un desesperado, predicando y confesando de día y de noche (52). El mismo ritmo vertiginoso lleva en Cuba, desde donde escribe a sus amigos: “Hemos de sufrir mucho y trabajar muchísimo” (53). Habla de “continuos trabajos” (54) y de “continuas visitas pastorales” (55) y dice de sí mismo: “Todos los días estoy predicando y confesando y dando audiencia día y noche siempre que me llaman” (56). Un periódico de entonces nos lo describe así: “El celoso Pastor, como el sol, gira siempre la órbita de su sagrado ministerio, esparciendo luz y calor por toda la diócesis con su palabra, su acción y su ejemplo” (57). En Madrid escribe: “Todo el día estoy predicando” (58). Y lo mismo puede afirmarse de París y Roma, siempre dedicado a predicar, catequizar, confesar o escribir. La Congregación de Misioneros nació de esta ansia de universalidad espacio—temporal de Claret misionero.

**Universalidad en cuanto a los destinatarios**, sin prevenciones ni exclusivismos discriminatorios. A todos quería convertir y evangelizar: a la jerarquía y al pueblo, a pobres y a ricos, a sabios e ignorantes, a sacerdotes y a seculares (59), a religiosos y a militares, a niños y ancianos, a evangelizados y a evangelizadores.

**Universalidad en cuanto a los medios de evangelización y de promoción humana.** Claret “nunca desperdió medio alguno (MCH n. 67), y así lo prescribió a la Congregación (60). Pero en cada circunstancia fue adoptando los medios más eficaces para responder a “las urgencias y desafíos que encontraba en su misión evangelizadora” (MCH n. 68). Estos medios estaban siempre en consonancia con el servicio misionero de la Palabra: medios de penetración, de consolidación o de crecimiento.

La tradición de la Congregación ha entendido siempre la universalidad, en todos estos aspectos, como característica peculiar de su acción evangelizadora (61).

La universalidad implica siempre la disponibilidad total al servicio de la evangelización: en cuanto al lugar (libres de toda instalación) y en cuanto al tiempo (libres de otras ocupaciones que puedan impedirle o limitarla).

## **6.2. Evangelización**

Toda la vida de Claret estuvo en función de la evangelización. Por eso dedicó todas sus energías al anuncio misionero de la Palabra, urgido por la caridad del Espíritu, consciente de la importancia casi sacramental de la Palabra y de la necesidad que el pueblo tenía de ser evangelizado. Siendo este ministerio “al mismo tiempo el más augusto y el más invencible de todos” (Aut. n. 452), lo privilegió sobre las otras funciones sacerdotales: la sacramental y la de régimen. “Su vocación no era de dirigir, sino de fundar; no de gobernar, sino de predicar. Con ello la vocación claretiana se revela de un cuño marcadamente paulino” (62). Ante una sociedad en fase avanzada de descristianización urgía sembrar la Palabra que convierte y transforma. “Evangelizador universal al estilo de vida de Jesús con los Doce y en fraternidad con ellos” (63), “Claret, ya desde los albores de su vocación apostólica, entendió la evangelización como un servicio en el sentido más bíblico y profético de la palabra, especialmente en los cantos del Siervo de Isaías y en San Pablo (64). Sobre todo miró a Cristo, el prototipo del Siervo, y lo tomó por modelo en el ejercicio de la evangelización” (65).

Claret fue, ante todo y sobre todo —y podríamos decir, exclusivamente— un misionero apostólico, un evangelizador. Este es su carisma y el de la Congregación. “Ser misionero al estilo de Claret es estar directa y principalmente orientado a tareas de evangelización” (MCH n. 162). “La evangelización es nuestro servicio al hombre, al mundo a la Iglesia, a la construcción del Reino de Dios. Y optamos por una evangelización misionera, es decir, al estilo de los Apóstoles (OC, 10)” (Ib. n. 161).

## **7. Características del Misionero Apostólico**

### **7.1. El celo**

Por reflexión teológica y por experiencia apostólica Claret consideró el amor como la primera virtud del Misionero, porque el ministerio apostólico es todo ejercicio de amor. “Si no tiene ese amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero si tiene grande amor, con las dotes naturales lo tiene todo” (Aut. n. 438). “La experiencia enseña y la historia eclesiástica refiere que los mejores predicadores han sido los más fervorosos amantes” (Ib. 440).

En el Misionero el amor no es extático y contemplativo, sino dinámico, se convierte en celo, y es así como alcanza su plenitud y su perfección. “El amor se conoce por el celo, dice San Agustín. El que no cela, no ama, y el que no ama permanece en la muerte” (CMT p. 26). “El verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados de amor, de modo que cuanto más ardor tiene, por tanto mayor celo es compelido” (66). “Así... lo vemos en

los santos apóstoles y en cualquiera que esté dotado de espíritu apostólico, hombres o mujeres” (67).

La caridad de Cristo penetra en el Misionero y lo transforma en El, pero al mismo tiempo, le impulsa a evangelizar a los hombres. “El Hijo, ungido por el Espíritu para evangelizar, ha venido a traer la caridad de Dios a la tierra, y, por el mismo Espíritu, hizo de los Apóstoles hombres del Evangelio, hombres de fuego. Claret, que se sentía configurado con el Hijo y enviado a manera de los Apóstoles, se definía a sí mismo también como hombre de fuego (68), “hombre que arde en caridad” (Aut. 494). Al Misionero se le comunica el mismo fuego de Pentecostés, que fortificó y lanzó a los Apóstoles (69).

El celo, según Claret, es “ardor y vehemencia de amor” (Aut. 381) que impulsa a la acción. Por eso entendía el amor como “hacer y sufrir” (70). En el Misionero la forma concreta de amar a Dios es trabajar y sufrir por la salvación de los hermanos. Y el amor al prójimo, que tan hondos acentos arranca del corazón de Claret (cf. Aut. n. 448), es la caridad del Espíritu que invade al evangelizador.

Claret hablaba repetidamente a los misioneros de la necesidad del celo apostólico, que “es un ardiente y eficaz deseo del bien espiritual y salud de los otros” (71) y exigía el espíritu apostólico para entrar en la Congregación (CC 1865, n. 58, 3Q; n. 60, 3Q). Esta es la característica principal del Misionero (CMI p. 27). “Vosotros sois misioneros —decía—, debéis ser enviados, repujados, debéis decir: Charitas Christi urget nos” (72). “Los que salís a predicar seréis como los Apóstoles al salir del Cenáculo” (73).

El celo es don del Espíritu; es comunicación del mismo Espíritu que ungió, guió y empujó a Jesús. Lleno de este celo ardiente, Claret podía decir que el Espíritu del Señor estaba sobre él (Aut. n. 118) y sobre cada uno de los misioneros, hablando por medio de ellos (Ib. n. 687).

## 7.2. El envío

En el mismo concepto de celo, que es caridad recibida, esté ya implicado el concepto de envío. Es el Espíritu el que se comunica al Misionero y le dispone para que la Iglesia le envíe. Por eso la obediencia es la piedra de toque del verdadero Misionero Apostólico, porque es la justa canalización del celo. “A veces es pasión lo que parece celo, y con la obediencia se conoce la verdad de lo que es” (74).

Claret estaba “bien convencido de la necesidad que tiene el misionero de ser enviado para hacer fruto” (Aut. n. 192). A ello llegó desde una y visión histórica — teológica de la misión, en la que él mismo se sentía implicado: “Todos los profetas del Antiguo Testamento fueron enviados por Dios. El mismo Jesucristo fue enviado por Dios y Jesús envió a sus apóstoles” (Ib. n. 195). Los misioneros, llamados a colaborar con los obispos en la salvación del mundo, deben ser también enviados. “Esta necesidad de ser enviado y que el Prelado mismo me señalara el lugar, es lo que Dios me dio a conocer desde un principio” (ib. n. 198). La voz del Prelado la interpretaba como “mandato del mismo (Ib. n. 195), capaz de hacer milagros incluso en circunstancias adversas (cf. Aut. o. 198). Por eso obedecía siempre “con el mayor rendimiento” (Ib. n. 456). Esta norma la mantuvo siempre en Cataluña y Canarias. Desde aquí escribía a Caixal: “Dichosa obediencia, pues por ella me conduje, y doy de continuo gracias a Dios (75). La experiencia confirmaba sus más íntimas convicciones. Más tarde, ante la duda de continuar en su diócesis de Cuba, pide al Papa que le indique el camino que debe seguir.

El hecho de haber dedicado todo un capítulo de la Autobiografía a este tema indica la importancia que le atribuía y su deseo de que los Misioneros siguieran el mismo proceder (cf. Aut. n. 198). Así lo exige la misma naturaleza de la vocación apostólica. La apertura universal y la disponibilidad del misionero tienen que quedar determinadas en cada momento por el mandato del superior, que es misión eclesial y, en último término, mandato del mismo Dios. Por eso Claret inculca de un modo especial la obediencia a sus misioneros, porque “en esto se conocer el verdadero misionero y el fingido” (CC 1857 n. 65; cf. n. 64, 62).

“La vida del apóstol consagrado se halla, pues, gobernada por dos fuerzas complementarias. Una es el impulso interior, personal, del celo que nunca debe cesar. Otra es la fuerza de la subordinación a aquellos que Cristo ha establecido para gobernar a su Iglesia, y, en el caso del religioso, a sus Superiores. Sin ésta el apostolado no sería ni auténtico ni eficaz, por contradecir la voluntad de Dios. En caso de conflicto aparente, debe prevalecer la obediencia, porque Dios no tiene necesidad de nuestro ministerio, pero el celo personal lleva a buscar nuevas expresiones de acuerdo con la obediencia. El ejemplo del Santo que rompe sus estatutos de la Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, al conocer el parecer contrario del arzobispo de Tarragona, o renuncia en Madrid a sus correrías misioneras, porque allí lo tenía fijo la obediencia es clarificador. Pero entonces, sin embargo, su celo le llevó a buscar nuevas formas de desahogarlo, dentro de los límites marcados por la voluntad de Dios” (76).

Así, pues, el envío apostólico es condición esencial del ser misionero. Claret no pudo concebir nunca misión evangelizadora sin obediencia radicada en la obediencia filial y apostólica de Jesús. De ahí su importancia y su absoluta necesidad.

### 7.3. El testimonio

“San Antonio María Claret, Misionero Apostólico, ante todo y siempre tenía como principio inconcuso: el que se dedica al ministerio apostólico tiene que vivir una vida verdaderamente apostólica” (77). “El profetismo, la evangelización condiciona existencialmente la forma de vida del profeta y del evangelizador. Por su misma vida tiene que ser signo, transparencia del Reino, evangelio de Cristo, como Cristo lo es del Padre. Tiene que vivir una vida verdaderamente evangélica: fraternidad como los Doce, castidad, pobreza, obediencia, o sea vida verdaderamente apostólica” (78).

A la vida apostólica se llega por vocación especial correspondida en plena fidelidad al Evangelio, siguiendo las huellas de Cristo evangelizador. Por eso Claret afirma que el Misionero Apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes. Ha de ser la misma virtud personificada. A imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar y después enseñar” (Aut. n. 340). Citando una expresión de San Juan Crisóstomo, dice que “el predicador que no vive bien es un comediante” (79) y en otra parte aduce el ejemplo de San Juan Bautista, “lámpara que arde y alumbraba; lucía con el buen ejemplo, y ardía en celo y predicación” (CMT p. 31).

El misionero debe ser, al mismo tiempo, profeta y testigo. Ungido y enviado para proclamar la Palabra que salva, debe convertirse él mismo en palabra de vida y de salvación. Claret exigía esta ejemplaridad a sus misioneros: “Siempre y en todas partes debe ser notoria y ejemplar la conducta de un hijo del Sagrado Corazón de María” (CC 1957, n.112). El testimonio de vida es un medio privilegiado de evangelización” (MCH n. 152) y debe resplandecer sobre todo, como luego veremos, en la pobreza apostólica.

## 8. La “Regla apostólica” claretiana

El Misionero Apostólico necesita una Regla de vida que le habilite para la evangelización y la haga eficaz. A Claret la Regla de vida que debía seguir y que dejó plasmada en la Autobiografía, se la inspiró el Evangelio. Y esta fue la que transmitió a sus Misioneros: “Las Constituciones primitivas eran únicamente una Regla de vida apostólica centrada en el ministerio” (80).

La Regla apostólica claretiana se centre en las virtudes misioneras que más resplandecen en Jesús evangelizador y que al misionero “le disponen a ser un instrumento adecuado para extender el Reino de Dios” (MCH n. 56).

El primer elemento es la **rectitud de intención**, que confiere claridad y transparencia a la evangelización (cf. Aut. nn. 199—213; CMT p. 49).

Exige, además, la oración. “Todos los misioneros de nombradía han sido hombres de oración” (CMI p. 29). La oración es el “primer medio” y el “medio máximo” para hacer fruto (Aut. n. 264). Por eso debe ser actitud permanente en el misionero, lo mismo que en Cristo evangelizador, que “de día predicaba y curaba enfermos y de noche oraba” (Ib. n. 434).

Otro elemento importante es la **mortificación — testimonio**, que confiere eficacia a la palabra proclamada (cf. Aut. nn. 384—427), la humildad, fundamento de las virtudes necesarias “para ser un verdadero misionero apostólico” (Aut. n. 341), y la mansedumbre, que “es una señal de vocación al ministerio apostólico” (Ib. n. 374), imitando siempre la clemencia y la benignidad de Jesús (81).

La Regla apostólica implica, además, la fortaleza, don característico de la santidad apostólica y del martirio. Fortaleza para soportar con alegría las privaciones, el trabajo, las persecuciones, las calumnias y los tormentos (Aut. n. 494). “Todos los Apóstoles fueron perseguidos y murieron en cumplimiento de su ministerio” CMT p. 33).

Pero los elementos más típicos y significativos son la evangelización itinerante, la pobreza apostólica y la vida fraterna.

### 8.1. Evangelización itinerante

Continuador de la misión de Cristo y de los Apóstoles, el Misionero Apostólico es un hombre poseído por el Espíritu, desinstalado y lanzado al anuncio del Reino de Dios. El anuncio misionero de la Palabra es el eje de la vocación—misión de Claret y de toda su espiritualidad. Por eso, de un modo o de otro, consagró toda su vida a la evangelización. De 1843 a 1850 no tuvo domicilio fijo. Su afán era siempre correr de una parte a otra, como Cristo (cf. Aut. e. 221), como los Apóstoles (cf. Ib. n. 223), como San Pablo (cf. ib. n.224). Y, en la línea de los grandes misioneros apostólicos, siguió el ejemplo del Beato Diego de Cádiz, que “se consagró por todo el tiempo de su vida al ejercicio del ministerio apostólico, sin jamás descansar” (ib. n. 228)). Su decisión de no aceptar el episcopado la motivó con el deseo de no atarse y concretarse (82). Y, al ser exonerado de la archidiócesis de Cuba, esto fue lo que le movió a no aceptar ninguna otra sede residencial (83). También en Madrid expresaba continuamente sus ansias de correr por todas partes predicando el Evangelio (84), al ver la necesidad y el hambre que la gente tenía de oír la palabra de la salvación (85).

## 8.2. Pobreza apostólica

La pobreza reviste una importancia capital en la vida y en la espiritualidad del P. Claret, Misionero Apostólico, por ser “otra de las virtudes que más vernos brillar en Jesucristo” (CC 1857, n.68). Por sentido evangélico y por experiencia misionera intuyó que pobreza y vocación apostólica se implicaban mutuamente. Así lo veía en Jesús y en los Apóstoles y así lo comprobó en los textos proféticos que provocaron su vocación. En Cristo veía sobre todo al Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza. (Lc 9, 58), ungido y enviado para evangelizar a los pobres, tenía que imitar a Cristo pobre (86) y vivir en espíritu de pobreza para entrar en el in tenor de Jesús (87). Por eso siempre resume la vida del Señor en clave de pobreza” (88). “Mc acordaba siempre que Jesús se había hecho pobre, que quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza’. (Aut. e. 363).

La pobreza radical del misionero no debe ser sólo externa, haciendo los viajes a pie (cf. Aut. en. 405, 759, 132), sino sobre todo interior; supone la renuncia a sí mismo y a todo lo que no sea Dios (cf. Aut. e. 622) la humildad, la sencillez, el trabajo, la mortificación, la paciencia (90). La pobreza practicada con tanto radicalismo y considerada como “muro de los misioneros” (CC 1857, n. 68), es necesaria al misionero, porque en estos tiempos “Dios quiere que se dé un público testimonio a favor de la pobreza (91).

A lo largo de la Autobiografía Claret va indicando su norma de conducta en fidelidad, incluso literal, al Evangelio: viajes a pie, sin aceptar dinero por el ministerio (92), ni retribución por sus libros; escasez en el vestido y en las provisiones (cf. Aut. n. 359), desprendimiento total, desinterés, inseguridad (93). Su testimonio de misionero itinerante queda re sumido en esta frase: “Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba” (Aut. n. 359).

En Cuba continuó el mismo tenor de vida, siendo pobre entre los pobres En una carta al Capitán General de la isla le decía: “Pobre fui, pobre viví y pobre permanezco” (94)

También en Madrid dio siempre un notorio testimonio de pobreza, comiendo pobremente, vistiendo con gran sencillez, viviendo en las habitaciones del hospital de Montserrat y negándose a comprar una casa propia para imitar al Hijo del hombre, que no tuvo dónde reclinar la cabeza (95).

En Roma sabemos que tuvo que pasar algunas penalidades económicas, teniendo que recurrir a la caridad de sus amigos (96). El deseó siempre “morir en un hospital como pobre, o en un cadalso como mártir” (Aut. n. 467) y el Señor le concedió morir desterrado y perseguido y en una celda prestada.

La pobreza de Claret fue fruto de una decisión heroica, porque pudiendo enriquecerse, prefirió vivir pobre hasta el final de su vida, Y vivió la pobreza con el gozo evangélico de las bienaventuranzas: “Era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza (Aut. n. 363).

Claret recomendó la pobreza a todos, pero especialmente a sus misioneros, porque esta virtud es elemento esencial del testimonio que debe acompañar a la evangelización. Tres cosas exigía sobre todo: el desprendimiento, la generosidad en el ministerio y la sencillez de vida. “Una de las cosas que más has de aborrecer ha de ser el interés: has de ser amiguísimo de la pobreza, y en todas las cosas procurarás siempre para ti lo más pobre, lo más abyecto y despreciable” (CMT p. 30). Era exactamente lo que él mismo se había propuesto cumplir (cf. Aut.

n. 649). “El desasimiento de todo interés mundano —decía— es un medio muy esencial para el buen éxito de la predicación evangélica” (CC 1857, n. 71), porque causa a todos grande impresión (cf. Aut. n. 362). En consecuencia, consideraba necesario “quitar todo apego” a las cosas materiales, “como conviene a la vida verdaderamente apostólica que debe llevar el buen misionero” (CC 1857, n. 71), procurando, como hacía él (97), “no ser molesto ni gravoso a nadie” (CC 1857, n. 70) y evitando “todo cuanto tienda a la superfluidad o regalo” (Ib. n. 73) y alegrándose en las consecuencias, de la pobreza real (98). Un texto de las primeras Constituciones resume admirablemente todos los aspectos de la verdadera pobreza apostólica (CC 1857, n. 72).

La pobreza apostólica claretiana, así vivida y testimoniada, es elemento fundamental del Misionero Apostólico, porque le libera (cf. Aut. n. 371) y le hace disponible para la misión.

### 8.3. Vida fraterna

Durante los años de Cataluña y Canarias Claret vivió “la misión” casi en solitario, aunque procuró misionar con otros compañeros, especialmente el beato Francisco Coll y el P. Manuel Vilaró. Poco a poco la reflexión sobre el Evangelio y la experiencia personal le llevaron a considerar la fraternidad como signo eficaz de testimonio y fuerza evangelizadora.

Va en 1846, en uno de sus ensayos de Hermandad Apostólica, dice que los misioneros deben estar unidos en el espíritu (99); y en 1847 en la Asociación de “Hermanos de Jesús y María” exige la vida de comunidad reglamentada (100). La común vocación apostólica lleva necesariamente a la comunión de la vida fraterna. La Congregación, que nació con finalidad apostólica, se fundió inmediatamente en íntima fraternidad. “Así empezamos —afirma el Fundador— y así seguíamos estrictamente una vida perfectamente común” (Aut. n. 491). Y en una carta Caixal: “Nos ejercitamos en todas las virtudes, especialmente en la humildad y caridad y vivimos en comunidad en este colegio vida verdaderamente pobre y apostólica” (101).

En Cuba, bajo su dirección, los misioneros llevaban vida perfectamente común, que el Santo, con profundo sentido pedagógico, se complace en describir (cf. Aut. nn. 606—613). “La comunidad de Misiones de Cuba... prácticamente equivalía a una casa de la Congregación” (102). Así lo afirmaba el mismo Fundador: “Hago y hacen todos mis compañeros el mismo modo de vivir que en la Merced” (103). Efectivamente, aquella comunidad correspondía plenamente al ideal que Claret soñaba. Era una comunidad “colmena”, donde todos estaban “siempre contentos y alegres” (Aut. n. 608) y eran “ejemplo de todas las virtudes, singularmente de humildad, obediencia, fervor y deseo de estar siempre trabajando” (Ib. n. 607). Comunidad fraterna, evangélica y evangelizadora, que gozaba de la presencia del Espíritu y era bendecida por el Señor (Ib. n. 609), porque supo adoptar los medios necesarios para mantenerse fiel a la fraternidad y a la misión (Ib. nn.610—613).

Obligado a vivir separado de la Congregación, en su época madrileña creó y animó una comunidad fraterna y apostólica semejante en todo a las de sus misioneros (104). Por otra parte, siempre que pudo compartió el don de la fraternidad entre sus misioneros, en Segovia, en Vich, en Gracia y en Prades, y se mantuvo constantemente en contacto con ellos, exhortándolos con sus cartas y ayudándoles económicamente. Al final de su vida dice que, si deja de ser confesor, se retirará a alguna casa de la Congregación (105), hacia la que nutría un amor entrañable (106).

La vida fraterna claretiana se caracteriza, sobre todo, por la comunión en el mismo ideal evangelizador y por la caridad que lo fundamenta. Por eso ya desde el principio prescribió a los misioneros que se tratasen unos a otros “con una santa y afectuosa deferencia, benignidad y amor” (cc 1857 n. 82) y más tarde escribió para ellos un maravilloso capítulo sobre la caridad fraterna (CC 1865, II, nn. 21—26). Y esta comunión espiritual entre los misioneros y las comunidades quería que tuviera su encarnación concreta en una generosa comunicación de bienes (107).

También hoy el Fundador, fiel a sí mismo, hubiera podido afirmar que la comunidad misionera, si de verdad es una “comunidad orante, de profetas y apóstoles” (MCH o. 223), “es, de por sí, la primera y más inequívoca palabra de evangelización” (Ib. o. 222).

## **9. Evolución de Claret, Misionero Apostólico**

La vocación misionera del P. Claret nació de una profunda experiencia de Dios, sobre todo a través de su Palabra, y de una fuerte experiencia del mundo. Hubo un proceso de clarificación hasta que conoció que el Señor que ría asociarle a su misión evangelizadora. Se dio también un proceso evolutivo en la clarificación de su misión a medida que va ahondando en la experiencia de Dios y del mundo. Poco a poco se van perfilando las características, los contenidos y los medios de la misión. Así se van ampliando sus horizontes personales y, al mismo tiempo, los de la Congregación.

### **9.1. Los motivos del cielo**

Como ha visto el P. Lozano, existe una primera evolución en los motivos del cielo (108). De una preocupación antropológica —la salvación del hombre - (cf. Aut. no. 8—15) pasó a una preocupación teológica: la gloria divina, el Padre ofendido (cf. ib. no. 16, 204). En los textos vocacionales (cf. ib. n. 114—119), lo mismo que en las oraciones que escribió durante el Noviciado (cf. ib. nn. 154—164), ambos motivos se hermanan y se conjugan íntimamente aunque al escribir la Autobiografía afirma que el motivo antropológico le estimula fuertemente (cf. ib. n. 9). Pero en los últimos años de su vida el motivo y la finalidad de su acción apostólica es dar gusto al Señor, presente en él (cf. ib. n. 753).

### **9.2. La experiencia de Cristo**

También en la experiencia de Cristo hubo una evolución en la vida de Claret. A través de un proceso de interiorización se fue configurando plenamente con El: en la unción profética, en el envío apostólico, en la gracia de filiación, en la predicación incansable, en el sacrificio redentor. “Pasó del encuentro a la imitación exterior; de la imitación exterior a la vivencia de las actitudes interiores, y de esta vivencia a la transformación plena: vive en mí Cristo” (109).

### **9.3. La experiencia del mundo y de la Iglesia**

Claret, con mirada profética, se dedicó siempre a “estudiar y conocer bien las enfermedades del cuerpo social” (Aut. n.357). Así lo aconsejaba a todo el que quisiera dedicarse a la evangelización (cf. CMT p. 35). Esto le hizo ver su misión evangelizadora prestando gran

atención a los signos de los tiempos. En los treinta años de servicio al Evangelio —desde 1841 a 1870— atravesó por circunstancias históricas bien diversas, pero siempre estuvo despierto para descubrir las necesidades más urgentes y emplear los medios más oportunos y eficaces” (110).

El contexto histórico en el que se desarrolla la misión del P. Claret hay que entenderlo en el contexto más amplio de la historia universal de su época.

Durante los siglos XVIII y XIX tienen lugar las grandes revoluciones sociales, políticas y económicas, con amplias repercusiones en la Iglesia. En América hierve el movimiento independentista. En Europa se vive la ruptura de la revolución francesa (1789) y el resquebrajamiento de las unidades nacionales con Napoleón. En España hay un período fuerte de unidad nacional durante la guerra de la independencia; pero penetra el liberalismo y tiene lugar una encarnizada lucha por el poder entre partidos antagónicos. La lucha entre carlistas e isabelinos no es sólo cuestión de sucesión al trono, sino, más profundamente, lucha de principios e ideologías dispares, que dividen psicológicamente al pueblo y lo minan en sus creencias religiosas. Globalmente considerado, el siglo XIX se caracteriza por una serie de cambios socio—políticos y económicos, que lanzan a la sociedad europea a un proceso de rápida descristianización. El progreso de las ciencias y de la técnica conduce a un progresivo rechazo de Dios y de la Iglesia.

Claret afrontará todos estos desafíos desde una perspectiva misionera.

## A) Salvar al hombre

Durante la primera etapa de su vida misionera Claret se encuentra con hombres divididos por la guerra civil y con la fe debilitada

- por el **liberalismo**, que persigue a la Iglesia y suprime las órdenes religiosas, quedando así reducido el número y la calidad de los evangelizadores;
- por el **jansenismo**, que aterroriza las conciencias y va enfriando la fe
- por el **indiferentismo** y el **sectarismo**, que impiden el testimonio de la vida religiosa y el anuncio del Evangelio;
- por el **panteísmo**, que “despersonaliza” a Dios, y el **maquinismo** que despersonaliza al hombre, convirtiéndolo en trabajador y en máquina.

El hombre va perdiendo su raíz religiosa y, ufano de sus conquistas, va perdiendo el sentido de Dios y va cayendo en el **ateísmo**.

El pueblo sigue siendo creyente (Claret supone siempre la fe en el auditorio) (111), pero vive en la ignorancia y en el terror. Los predicadores, si predicán, desconciertan a la gente, o porque se predicán a sí mismos, en vez de anunciar la Palabra de Dios, o porque, impregnados de jansenismo, aterrorizan al pueblo o lo llevan a un sentimentalismo estéril y nocivo.

Ante esta situación inquietante, Claret emprende una ofensiva evangelizadora. Su ideal es salvar al hombre. Para ello adoptará tres medios principales: la predicación para mover y convertir, los ejercicios para suscitar evangelizadores y la prensa para mantener la fe. Para evangelizar al pueblo emplea el lenguaje del pueblo: un lenguaje sencillo y claro, lleno de comparaciones y semejanzas (cf. Aut. nn. 222, 297—299) y plenamente evangélico: “Poco terror,

suavidad en todo. Nunca ejemplos que den pie al ridículo. Los ejemplos, en general, de la Escritura. Hechos históricos profanos. Nunca oposiciones y cosas semejantes. Habla del infierno pero se limita a lo que dice la Escritura. Lo mismo en el purgatorio. No quiere exasperar ni volver locos. Siempre hay una parte catequética” (112). Su palabra convierte y transforma porque está sostenida por un celo infatigable y por el testimonio de una vida límpida y transparente.

Mientras con sus publicaciones va dando normas de santificación para todos los estados, procuró suscitar también agentes de evangelización. Ya en 1845, el Padre celestial se dignó llamar “a otros obreros evangélicos animosos de veras, prontos a seguir el mismo tenor de vida y de fatigas apostólicas” y ton el deseo de esparcirse “por otras provincias de España y derramar en ellas la palabra de Dios” (113). Hacia el final de este período (1847) ve la necesidad de que los seglares se incorporen a tareas de evangelización y comienza a esbozar las primeras asociaciones de apostolado secolar. Nació así la idea de la “Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María y Amantes de la Humanidad”, que no prosperó debido a la desautorización del arzobispo de Tarragona.

En 1849, tras una larga experiencia misionera, Claret proyecta su espíritu, creando una Congregación de Misioneros Apostólicos, plenamente consagrada a la evangelización, “a fin de que fuese para la Iglesia, sus prelados y las almas lo que el corazón para el cuerpo” (114). Así su espíritu, que era para todo el mundo” (115), podía encarnarse y prolongarse a lo largo del espacio y del tiempo, porque “deseaba extender a todo el mundo” la voz del Evangelio y “anhelaba con vehemencia que hasta el fin de los siglos se predicara y catequizara en todas partes” (116). A ello le movieron varias razones, todas de índole apostólica:

- la falta de predicadores evangélicos y apostólicos,
- los deseos que tenía el pueblo de oír la divina palabra,
- las muchas instancias que recibía para ir a predicar el Evangelio,
- el deseo de poder hacer con otros lo que sólo no podía (117).

Es evidente que la Congregación no nació sólo del “pensamiento” del Fundador (cf. Aut. nn. 488—489), sino de inspiración divina (118). “Así se formó el primer grupo de misioneros totalmente liberados para la evangelización universal, itinerante, ininterrumpida y en estilo de vida común verdaderamente pobre y apostólica” (119), que tenía como fin “la salvación de todos los habitantes del mundo” (Cc 1857, n. 2).

## B). Salvar la sociedad

La etapa cubana es muy significativa en la experiencia personal y apostólica del P. Claret. Ante todo, se da un corte violento en sus ideales apostólicos. La elevación al episcopado echaba por tierra “todos los apostólicos planes” (120) que tenía, porque le ataba y concretaba a un solo arzobispado, cuando su espíritu era para todo el mundo (121). Ser arzobispo residencial contrastaba con su vocación de apóstol itinerante. Pero la desviación de su vocación había de ser sólo aparente, porque también en esa nueva situación seguiría siendo fiel a su vocación esencial de misionero apostólico.

En Cuba se acentúa su experiencia de Dios y de la Iglesia como comunidad, y se agudiza su visión profética de la realidad, debido, sobre todo a tres hechos importantes que dan lugar a una profunda transformación y ensanchamiento de sus perspectivas apostólicas: la

definición del dogma de la Inmaculada (8 diciembre 1854); la visión del ángel de la Apocalipsis (2 septiembre 1855) y el atentado de Holguín (1 febrero 1856).

Desde su vocación apostólica dio una interpretación eminentemente misionera a su episcopado. No podía contentarse con un gobierno ordinario; debía reformar instaurar y, sobre todo, evangelizar. Así se lo imponía, además el ambiente con el que se tuvo que enfrentar (122).

El panorama religioso y social no era nada confortador. Allí pudo palpar las consecuencias sociales de los pecados personales: el hombre explotado por el hombre, que destruye la fe. Así veía el P. Claret la situación. “Hay unos principios de destrucción, de corrupción y de provocación de la divina justicia... Son de tres clases: abogadillos hijos del país propietarios de negros y españoles” (123). Entre los primeros “no sólo no hay sombra de religión, sino un odio y desprecio contra ella, que no perdonan medio alguno para imprimir y embeber los mismos sentimientos en el pueblo” (124). “Los propietarios de negros... son enemigos de misiones, religión y moralidad” (125). Y los europeos no aprecian otro dios que el interés” (126), viviendo en la indiferencia y amancebados (127). “Afortunadamente —escribe a la reina— en lo general del pueblo no creo que haya muchos errores que combatir, pero sí hay muchos vicios que extirpar (128) “La moral está aquí muy corrompida” (129). “La deshonestidad en esta isla está en todo auge” (130). A ello había que añadir la ignorancia y la indiferencia: “La Religión no se conoce bien y se practica menos” (131), y la existencia de un clero “a más de reducido, no muy ilustrado” (132).

Ante esta situación Claret intentará salvar la sociedad. Su trabajo se orientará hacia un doble frente: **la promoción religiosa y la promoción social**.

Su visión profética de la realidad le impulsa a seguir siendo misionero apostólico, “prefiriendo el lomo de la mula al sillón del despacho” (133) de tal forma que los seis años que permaneció en la isla fueron una misión continuada (134). Su predicación, como en Cataluña, se inspiraba en la bondad y misericordia divina. “Nunca desciende de la cátedra sagrada —escribía un periódico— sin haber dejado a las almas en la dulce expectación de la esperanza, sin haber prodigado los consuelos de la misericordia divina”. (135). La evangelización iba acompañada de la creación de nuevas parroquias, de la difusión de buena prensa y de la formación y promoción de un clero sabio y santo. Trabajó en la promoción social de la gente, siempre con marcada proyección religiosa (cf. Aut. n. 562 ss.); escribió libros de agricultura, fundó las Cajas de Ahorros y luchó por la promoción de la juventud y de la familia, creando la obra social de Puerto Príncipe y procurando que en la cárcel funcionara una escuela de artes y oficios para la promoción de los presos.

Es cierto que el episcopado de Cuba fue para Claret “una carga muy pesada y amarga” (136); pero fue también una experiencia fecunda para él y muy positiva para el pueblo que el Señor le había confiado.

### C. Salvar a la Iglesia

Al final de la etapa de Cuba y en los años de Madrid Claret adquiere una experiencia nueva de Cristo y de la Iglesia. El Cristo que ahora vive no es sólo el Cristo evangelizador, sino el Cristo redentor, que con su sacrificio crea y salva a su Iglesia. Es ahora cuando comprende plenamente el misterio de la Iglesia como comunidad de salvación y cuerpo de Cristo. Al mismo tiempo descubre el misterio profundo de la visión de Vich y de las palabras que escuchó en la

ordenación de diácono (cf. Aut. n. 101). Ve que los príncipes, las potestades y los adalides de las tinieblas se han encarnado en las ideologías modernas: el idealismo alemán, que da origen al panteísmo hegeliano; el racionalismo de Renn; el positivismo de Comte; el cientificismo y el materialismo histórico de Marx. Estas son las “potencias tenebrosas” contra las que la Iglesia deber luchar (137).

Leyendo, con luz profética especial, estos signos de su tiempo, Claret se propone **salvar a la Iglesia** y, desde ella, la sociedad. Para responder a estos desafíos idea una estrategia apostólica a nivel de Iglesia universal. Escribe los “Apuntes de un Plan para conservar la hermosura de la Iglesia”: un ambicioso programa de reformas, que prevé la celebración de Concilios ecuménicos y de asambleas de obispos, inculca la vida coman del clero, la independencia de la Iglesia respecto de los poderes políticos y, sobre todo, la pobreza.

Personalmente, desde el puesto privilegiado que ocupa, realiza una ofensiva de reformas que va desde la elección de obispos hasta la renovación de las estructuras de la sociedad, por medio de la Academia de San Miguel y de las Bibliotecas Parroquiales, pasando por la formación de la juventud y de los sacerdotes. Para ello, con gran sentido de la oportunidad, aprovechó El Escorial, convirtiéndolo en centro vivo de reforma y de renovación cristiana.

Más tarde, durante la preparación y el desarrollo del Concilio Vaticano I prosiguió con tenacidad esta misma tarea reformadora (138).

La visión profética de Claret es, además, en esta época, anticipadora del futuro. Ve que Dios va a pedir a la Iglesia del futuro algunas opciones importante entre ellas, el apoliticismo total del clero, la asunción de los seglares en el apostolado, la necesidad de celebrar Concilios, la creación de Institutos seculares y la vuelta del clero a una vida más evangélica y más pobre y el influjo de la Virgen en la vida de la Iglesia (139).

En esta época, al escribir las “Reglas de los clérigos seglares que viven comunidad” (1864) se opera una nueva apertura respecto de la presencia y actuación de los seglares en el apostolado. Aquí contempla los agentes de evangelización en una visión unitaria, como una organización compuesta de sacerdotes y seglares, unidos en el mismo don de gracia, vinculados en la caridad del Corazón de María y distribuidos en tres órdenes, sin dependencia jerárquica entre sí, pero destinados a la misma misión evangelizado la en complementariedad de carismas y de funciones: sacerdocio profético y vida religiosa, sacerdocio ministerial sacramentalizador y de régimen y apostolado seglar con o sin consagración en el mundo (140). La Congregación de Misioneros había de ser el núcleo central propulsor de este gran movimiento evangelizador. La revolución de 1868 lo truncó, pero la intuición de Claret sigue siendo válida, convencido como estaba de que “en estos últimos tiempos parece que Dios quiere que los seglares tengan una gran parte en la salvación de las almas” (141).

En estos últimos años el P. Fundador se fue abriendo a nuevos cauces apostólicos. Fue sobre todo al hacer la redacción definitiva de las Constituciones cuando advirtió la necesidad de ampliar los campos y los medios de evangelización. Todavía en 1864 decía que el objeto de la Congregación consistía “en hacer misiones por todo el mundo y dar ejercicios a toda clase de personas, con especialidad a sacerdotes, estudiantes y monjas” (142). En cambio, en las Constituciones de 1865 dice que se valgan de todos los medios posibles, señalando algunos principales: catequesis, predicación, ejercicios, confesión y dirección de seminarios (CC 1865, II p. n.63). En 1869 aconseja especialmente la enseñanza (143). Y así lo hace también en una

nota redactada en 1869 o 1870: “También sería de desear que en cada casa de la Misión haya algún Misionero que se dedique a esta enseñanza, mayormente si tiene afición” (144).

La prensa había entrado de lleno entre los medios apostólicos de Claret ya desde el período catalán, y se mantuvo fiel a este medio tan importante hasta su muerte.

Dos elementos definen la actitud de Claret ante los medios de apostolado: la apertura universal y la preferencia por aquellos que son más estrictamente misioneros. El equilibrio lo iba dando su visión profética en cada circunstancia concreta de tiempo y de lugar.

## **10. Originalidad de Claret Misionero Apostólico**

Claret comenzó por modificar el concepto tradicional de Misionero Apostólico, pasando de una visión jurídica a conferirle densidad teológica y evangélica. Adoptó el estilo de vida que arranca de la tradición apostólica: pobreza, itinerancia, evangelización. Pero, al hallarse situado en una coyuntura moderna y poseer un fuerte don de convicción, desarrolló su vocación con características nuevas y, en cierto modo, revolucionarias. En su apostolado hizo entrar la técnica más avanzada de su tiempo, especialmente los medios de locomoción —el vapor, el tren, las máquinas—, de difusión —la prensa, el arte, las bibliotecas— y de promoción humana: cajas de ahorro, granja agrícola, etc.

Al mismo tiempo suscitó núcleos de evangelizadores y, sobre todo, con aguda intuición profética, vio la necesidad y la urgencia de enrolar seglares en tareas estrictamente evangelizadoras, anticipando así genialmente algunas de las conquistas de la Iglesia de nuestro tiempo.

## **Conclusión**

A pesar de los reveses y contrariedades sufridos, Claret fue siempre fiel a su vocación original de Misionero Apostólico.

“Oficialmente” el campo de acción se le fue quedando cada vez más reducido. Se vio obligado a abandonar la Compañía, que abría un horizonte universal a sus ansias misioneras. Después tuvo que limitarse a Cataluña y Canarias. Cuando deseaba adentrarse en el interior de España, se vio circunscrito a una diócesis, y más tarde a una sola persona como confesor de la reina. Pero su celo misionero supo romper todos los moldes. Desde la obediencia aceptada dócilmente Dios le fue abriendo nuevos horizontes y nuevos cauces de apostolado. Su visión se fue agrandando, del individuo pasó a la comunidad y de ésta a la Iglesia universal. El podía estar encadenado “como un perro a un poste”, pero le Palabra de Dios no podía quedar encadenada; tenía que correr a través de los medios más oportunos y eficaces.

Al final de su vida podía gloriarse de haber cumplido su misión, en plena fidelidad a las dos notas más típicas del Misionero Apostólico: la pobreza y la predicación (145). Y este es su mejor timbre de gloria para siempre.

\*\*\*\*\*

## NOTAS

- (1) LEGHISA, A., *El Corazón de María y la Congregación en el momento actual*, Roma, 1978, p. 10.
- (2) VIÑAS, J.M., *La "misión" de San Antonio María Claret*, en *Escritos autobiográficos*, BAC, 1981, p. 26.
- (3) AGUILAR, F., *Vida del Ecmo. e Ilmo. Sr. Don Antonio María Claret, Misionero Apostólico, arzobispo de Cuba y después de Trajanópolis*, Madrid, 1871.
- (4) LOZANO, J.M., *Un místico de la acción*, Roma, 1963, p. 128—129.
- (5) Cf. *Enciclopedia Cattolica*, Città del Vaticano, 1952, t.VIII, col. 1108.
- (6) VIÑAS, J.M., art. cit. p. 26; cf. *Urbaniana: Sylloge*, 1939, 13, III.
- (7) LOZANO, J.M. o.c., p. 260.
- (8) VIÑAS, J.M., *Introducción a la Autob.*, en *Escritos autobiográficos*, BAC, 1981, p. 88—89.
- (9) *Ib.*, p. 88.
- (10) AGUILAR, F., *Vida...*, p. 15.
- (11) *Reseña de su vida: Escritos autobiográficos*, BAC, 1981, p. 427.
- (12) Cf. FERNÁNDEZ, C., *El Beato Padre Antonio María Claret — Historia documentada de su vida y empresas*, Madrid, 1946.
- (13) *Proceso Informativo de Tarragona*, sesión 3.
- (14) *Proc. Inform. de Vich*, ses. 82.
- (15) LOZANO, J.M., o.c., pp.101—106.
- (16) *Propósitos de 1843: Escritos. autob.*, BAC, 1981, p. 523.
- (17) PUIGDESENS, J., *Espíritu del Venerable P. Antonio María Claret*, Barcelona, 1928, p. 405.
- (18) Cf. *Aut.*, n.56 *Carta a Caixal*, 28 mayo 1847; FC, 1, p. 219.
- (19) *Escritos autobiográficos*, BAC, 1981, p. 427.
- (20) Cf. *Archivo de Vich*, n. 2164, VIII, p. 21.
- (21) *Proc. Inform. de Vich*, ses. 42.

- (22) Proc. Inform. de Barcelona, ses. 46.
- (23) Archivo de Vich, 1.c.
- (24) LEGHISA, A., o.c., p. 50.
- (25) Carta al Capitán General de Cuba, 28 marzo 1851: EC, 1, p.484—485.
- (26) Carta al P. Ramonet, 26 junio 1861: FC, II, p. 316.
- (27) Instrucción importantísima: cf. LOZANO, J.M., CC y textos, p. 620.
- (28) Ejercicios a CMF, 1865: cf. ib., p. 584.
- (29) L'egoismo vinto; cf. BAC, p. 781—782.
- (30) ALSINA, M., Circular del 24 octubre 1920: Annales 17 (1919—1920) 661.
- (31) Cf. EC, I, p. 145, nota 7.
- (32) Cf. EC, I, p. 147—149; FERNÁNDEZ, C., El Beato..., t. 1, p. 525.
- (33) Cf. VIÑAS, J.M., Introd. a la Autob., Barcelona, 1975, p. 15.
- (34) LOZANO, J.M., Un místico de la acción, p. 163.
- (35) LEGHISA, A., o. c., p. 10.
- (36) GARCIA, N., Circular sobre la nota más característica del Hijo del Corazón de María: Navidad de 1945: Annales 38 (1946) 248.
- (37) VIÑAS, J.M., Introd. a la Autob., Escritos autob., BAC, 1981, p. 9.
- (38) Epistolario Currius, p. 49.
- (39) LOZANO, J.M., o. c., p. 313.
- (40) Ib., p. 315.
- (41) Archivo Prov., de Toledo SJ., n. 189, fol. 29—30.
- (42) Carta al P. Xifré, 16. nov. 1869: EC, II, p. 1431.
- (43) Carta a Currius, 2 oct. 1869: EC, II, p. 1406.
- (44) CLARET, Legoismo vinto, Roma, 1869, p. 60.
- (45) CLARET, Avisos a un sacerdote, 2 ed., Barcelona, 1858, pp. 34—35.
- (46) Carta al Nuncio: 2 feb. 1864: Annales 35, (1939), p. 165.

- (47) Carta al Nuncio: 12 agosto 1849: EC, 1, p. 305.
- (48) Carta al Capitán General de Cuba: 28 marzo 1851: EC, 1, p. 484.
- (49) Carta al Nuncio: 2 feb. 1864: *Annales* 35(1939) p. 165.
- (50) FERNANDEZ, C., *El Beato...*, t. 1, p. 227.
- (51) Carta a Caixal: 5 agosto 1848: EC, 1, p. 276.
- (52) Al obispo de Vich: 27 sep. 1847: EC, 1, p. 280.
- (53) *Ib.*: 7 abril 1852: EC, p. 630.
- (54) A Lorenzo Arrazola: 1853: EC, 1, p. 829.
- (55) Al obispo de Urgel: 21 enero 1856: EC, 1, p. 1167.
- (56) Carta a Caixal: 15 junio 1852: EC, 1, p. 659.
- (57) *Diario Redactor*: 7 julio 1854, cit. por FERNÁNDEZ, C., *El Beato...* t. 1, p. 696.
- (58) Carta al P. Xifré, J., 20 agosto 1861: EC, II, p. 350.
- (59) Cf. XIFRE, J., *Crónica de la Congregación*: *Annales* (1915) 190.
- (60) “Válganse de todos los medios posibles”: CC 1865, n. 63.
- (61) Cf. XIFRE, J., *Espíritu de la Congregación*, Madrid, 1892, p. 22; ALSINA, M., *Circular del 24 oct. 1920*: *Annales* 17 (1919—1920) p. 660; ALONSO, G., *Claretianos: una comunidad, una misión*, 1976, p.5).
- (62) LOZANO, J.M., o. c., p. 122.
- (63) LEGHISA, A., o. c., p. 10
- (64) *Escritos autob.*, BAC 1981, pp. 427—429.
- (65) LEGHISA, A., o. c., p. 11.
- (66) CLARET, *L'egoismo vinto*, Roma, 1869, p. 60.
- (67) *Ib.*, p. 61.
- (68) LEGHISA, A., o. c., p. 10—11.
- (69) *L'egoismo vinto*, Roma, 1869, p. 60.
- (70) CLARET, *Reglas de espíritu*, pp. 5, 8; *Resumen de los documentos*, p. 21; *El manto de Jesucristo*, pp. 104—112; *Aut.*, n.761; *Templo y Palacio*, p. 49.

- (71) Mss. Claret., X, 75; cf. LOZANO, J.M., Constituciones y textos, p. 602.
- (72) Ejercicios a CMF 1865: Mss. Claret., X, p. 43.
- (73) Ib., p. 44.
- (74) Hermandad del Corazón de María, 17; LOZANO, J.M., CC y textos, 121.
- (75) Carta de 5 de agosto de 1848: EC, 1, p. 276.
- (76) LOZANO, J.M., Misión y espíritu del claretiano en la Iglesia, Roma, 1967, pp. 361—362.
- (77) LEGHISA, A., o. c., p. 27.
- (78) VIÑAS, J.M., Introducción a CMT, Roma, 1979, p. 9.
- (79) Ejercicios a CMF, julio 1849: cf. LOZANO, J.M., CC y textos, p.566.
- (80) LOZANO, J.M., Un místico de la acción, p. 244.
- (81) Cf. Ejercicios a CMF, 1865: Mss. Claret., X, 78.
- (82) Carta al Nuncio: 12 agosto 1849: ECC, 1, p. 305.
- (83) Cf. Carta al P. Xifré: 1 oct. 1857: EC, 1, p. 1420.
- (84) Carta a la M. París: 13 abril 1860: EC, II, p. 132; al P. Xifré: 20 agosto 1861: FC, II, pp. 350—351; a la M. París: 30 enero 1862 y 23 feb. 1863: EC, II. p. 441, 626—627; Aut., n.620—624, 762.
- (85) Carta a la M. París: 13 abril 1860: EC, II, p. 131—132.
- (86) Cf. Escr. Autob. Y espir., BAC, 1959, p. 661; Aut., nn. 428—433.
- (87) Ib., p. 454.
- (88) Ib., n. 662; cf. Autob., nn. 428 — 437.
- (89) Cf. Propósitos de 1843, Escr. autob., BAC, 1981, p. 524—525; Aut., n. 360—361; cf. FERNANDEZ, C., El Beato..., I, p. 729; FC, II, p. 1444, nota.
- (90) Cf. Aut., n. 666, 672; Propósitos 1854, Escr. autob., BAC, 1981, pp. 540—543; CMT, pp. 30—33.
- (91) Carta a la M. París: 30 enero 1862: FC, II, p. 440.
- (92) Cf. Escr. autob., BAC 1981, p. 425; Propósitos de 1843.
- (93) Cf. Boletín del clero español en 1849, Madrid, 1850, p. 10.

- (94) Carta del 28 de marzo de 1851: FC, 1, p. 484.
- (95) Carta de Currius a la M. París: 23 jul. 1859: Epist. Currius, 1052.
- (96) Carta a Currius: 2 oct. 1869 y 17 jun. 1870: FC, II, pp.1423, 1471.
- (97) Cf. Escr. Autob. BAC 1981, p. 425.
- (98) Ejercicios a CMF. 1865, Mss. Claret., X, 69.
- (99) LOZANO, J.M., Constituciones y textos, p. 87. (100) Ib., p. 103.
- (101) Carta del 5 sep. 1849: FC, 1, p. 316.
- (102) LARRAONA, A., Un aniversario de gloria: Annales 15 (1915—1916) pp. 632—633.
- (103) Carta al obispo de Vich: 24 nov. 1851: FC, 1, p. 608.
- (104) Cf. carta al P. Xifré: 1 abr. 1863: FC, II, p. 642.
- (105) Carta a D. Dionisio González: 26 mayo 1869: FC, II, p. 1391.
- (106) Carta al P. Xifré: 12 agosto 1861: FC, II, p. 352 y 7 mayo 1858FC, 1, p. 1572.
- (107) Cf. carta al P. Xifré: 30 nov. 1858: FC, 1, p. 1680. (108) LOZANO, J.M., Un místico de la acción, pp. 271—273.
- (109) VIÑAS, J.M., Imagen del apóstol claretiano seglar: El apóstol claretiano seglar, Barcelona, 1979, pp. 30—31.
- (110) LEGHISA, A., o. c., p. 13.
- (111) Escr. autob., BAC 1981, p. 423.
- (112) Ib.
- (113) Cf. Petición a la Santa Sede, agosto 1845: FERNÁNDEZ, C., El Beato... t. 1. p. 525.
- (114) Instrucción importantísima: cf. LOZANO, CC y textos, p. 618. (115) Carta al Nuncio: 12 agosto 1849: FC, 1, p. 305.
- (115) Carta al Nuncio: 12 de agosto 1849: EC, p. 305
- (116) XIFRE, J., Crónica de la Congregación: Annales 15 (1915) p. 190. (117) Cf. carta al Nuncio: 12 agosto 1849: EC, 1, p. 305.
- (117) Cf. Carta al Nuncio: 12 de agosto 1849: EC, I, p. 305
- (118) LOZANO, J.M., CC y textos, pp.27—29; XIFRE, J., Crónica de la Congregación: Annales 15 (1915) p. 190.

- (119) VIÑAS, J.M., Introducción a CMT, p. 7.
- (120) Carta al Nuncio: 12 agosto 1849: EC, 1, p. 305.
- (121) Ib.
- (122) Cf. LOZANO, J.M., Un místico de la acción, pp. 311—312.
- (123) Carta al P. Esteban Sala: 4 nov. 1852: EC, 1, pp. 704—705.
- (124) Cf. FERNANDEZ, C., El Beato..., t. 1, p. 616.
- (125) Carta al P. Esteban Sala: 4 nov. 1852: EC, 1, p. 705.
- (126) Ib.
- (127) Ib.
- (128) Carta a Isabel II: 1851: EC, 1, p. 515.
- (129) Ib., p. 522.
- (130) Carta a Caixal: 6 julio 1851: Et, 1, p. 554.
- (131) Carta a Isabel II: 1851: EC, 1, 515.
- (132) Ib., p. 518.
- (133) LOZANO, J.M., Un místico de la acción, p. 122.
- (134) VIÑAS, J.M., Misión de San Antonio M. Claret, Escr. Autob. BAC 1981, p. 33.
- (135) Cf. FERNÁNDEZ, C., El Beato..., t. I, p. 341.
- (136) Carta a Caixal: 27 abril 1853: EC, 1, p. 791.
- (137) Cf. ROPS, D., L'Église des revolutions, Paris, 1960, pp. 573—606.
- (138) Cf. Escr. Autob., BAC 1981, pp. 453—464, 493—501.
- (139) Cf. LOZANO, J.M., Un místico de la acción, p. 125.
- (140) Cf. CLARET, Reglas clérigos, prólogo; VIÑAS, J.M., La misión de San Antonio M. Claret: Escr. autob., BAC 1981, p. 39; LOZANO, J.M., CC y textos, pp. 626—627.
- (141) CLARET, Las Bibliotecas Populares y Parroquiales, 1864, p. 19.
- (142) Carta al. Nuncio: 2 feb. 1864; cf. Apuntes de un Plan, 1865, pp. 40—41.

(143) Carta al P. Xifré: 16 julio 1869: EC, II, pp. 1406—1407.

(144) Mss. Claret., X, 95.

(145) Carta a Currius: 12 oct. 1869: EC, II, p. 1423.

\*\*\*\*\*